

EGOÍSMO, ALTRUISMO Y UNIDADES DE SELECCIÓN

Ariel Olmedo Giompliakis / Universidad Nacional de Córdoba

I. Egoísmo

De la disputa en la que históricamente se enfrentaron egoístas y altruistas pueden decirse muchas cosas. Una de ellas es que el triunfo estuvo generalmente del lado del egoísmo. Esta teoría, sobre todo en su versión psicológica, ha gozado de una enorme aceptación tanto dentro como fuera de los espacios académicos. Su máxima es que los actos individuales son auto-interesados y tienden siempre al beneficio del propio agente.

Quienes sostienen esta teoría¹ no niegan el hecho de que los individuos se ayuden mutuamente, sino que enfatizan en que esa ayuda es siempre un medio orientado al beneficio del propio agente. (En el caso de conductas humanas, la estrategia argumentativa que suele utilizarse consiste en apelar al deseo de obtener placer y evitar el dolor, matizando elementos psicológicos con aspectos claramente hedonistas).²

Este punto de vista se convirtió en una especie de imagen común que figuró en algunos trabajos del siglo pasado. Sin embargo, la situación no siempre fue igual. De hecho, en los últimos años puede apreciarse un cambio de perspectiva.

¹ Quizá los defensores más destacados dentro de la tradición filosófica fueron T. Hobbes, F. Nietzsche, J. Bentham y J. S. Mill.

² Para Sober y Wilson, esta necesidad de apelar a algún tipo de recompensa o satisfacción interna surge cuando el argumento del egoísmo se enfrenta a situaciones que no pueden explicarse fácilmente. Por ejemplo, si se dice que los individuos sólo actúan porque desean obtener algún premio externo, como conseguir dinero, no es difícil señalar acciones que no pueden explicarse en éstos términos. La tesis del egoísmo psicológico, en estas circunstancias, perdería plausibilidad. Por eso, una apelación a beneficios internos sería la estrategia que permite salvar el argumento. [Cfr. Sober, Eliot y Wilson, David Sloan. (2000). *El comportamiento altruista. Evolución y psicología*. (pp. 263) Madrid: Siglo XXI.].

Hay que tener en cuenta, por otro lado, que los argumentos a favor del egoísmo psicológico, presentados de este modo, no son verificables y, por eso, no aportan información sustantiva acerca del mundo. Si tenemos en cuenta el criterio falsacionista de Popper, diríamos que son imposibles de verificarse o falsarse empíricamente. Y vale agregar que esta característica, lejos de ser una virtud, constituye un problema explicativo que deben superar todas aquellas teorías que pretenden obtener el título de “científicas”.

Ahora bien, ¿qué factores pueden incidir en la aceptación exitosa de nociones egoístas? ¿Y qué factores pueden favorecer el desarrollo de la hipótesis altruista?

Se mencionan aquí distintas tomas de postura que pueden darse al interior de la biología evolutiva –y que, de hecho, fueron dándose a lo largo del siglo XX- a los efectos de comprender y responder estas preguntas.

II. Altruismo

Pero antes de continuar con estas cuestiones, conviene tener presente qué se entiende por altruismo. Para esta teoría, algunos individuos actúan, algunas veces, procurando el beneficio de otros como un fin en sí mismo y no como un medio para incrementar el propio bienestar.³ Biológicamente hablando, se trata de que tales actos aumenten las posibilidades reproductivas de otros individuos (se comparta o no genotipo).

Es importante mencionar que entre ésta definición y la presentada por el egoísta existe una diferencia de carácter lógico: el defensor del egoísmo sostiene que los actos de todo individuo son siempre auto-interesados, mientras que el defensor del altruismo sostiene que algunos individuos actúan, algunas veces, tomando el beneficio de los otros como un fin en sí mismo.

Al hacer explícita esta diferencia, resulta claro que aceptar la hipótesis egoísta implica necesariamente la negación de conductas altruistas, mientras que admitir la hipótesis altruista no implica el rechazo de conductas egoístas. Por eso, y a diferencia de su rival, el altruismo compatibiliza con un *pluralismo motivacional*⁴: un mecanismo en el que intervienen o co-existen motivaciones de naturaleza distinta.

Pero al margen de estas diferencias de carácter lógico, vale mencionar que la aceptación de estas teorías al interior de la cultura académica fue variando a lo largo del tiempo. Los factores que influyeron en estos cambios de perspectivas son

³ Algunos autores que suelen reconocerse como representantes del altruismo dentro de la tradición filosófica, son el obispo Butler, Hume, Rousseau y Adam Smith.

⁴ El concepto pertenece a Sober y Wilson. (Sober, Eliot y Wilson, David Sloan. (2000). *El comportamiento altruista. Evolución y psicología*. Madrid: Siglo XXI).

de naturaleza distinta, puesto que abarcan condicionamientos psicológicos, estéticos, políticos, sociales e institucionales. Ahora bien, un análisis detallado estas cuestiones requiere del esfuerzo combinado de un conjunto de disciplinas que toman a la ciencia como objeto de estudio (la Psicología, la Sociología, la Historia y la Filosofía). Sin embargo, este trabajo sólo se limita a mostrar que el debate *egoísmo vs. altruismo* y el debate *selección individual vs. selección grupal* se encuentran relacionados y que, por lo tanto, los cambios que se producen en uno pueden influir en los cambios que se producen en el otro.

III. El debate egoísmo-altruismo y su relación con el debate sobre las unidades de selección

En el debate sobre las unidades de selección, destacan, a grandes rasgos, dos posturas distintas. De un lado se afirma que (1) la selección opera sólo a nivel del individuo y que, por lo tanto, son éstos (en algunos casos, el organismo; en otros, el gen) las unidades de análisis adecuadas; por otro lado, se sostiene que (2) es la especie (el grupo o la población) el nivel al que opera la selección natural y que, por lo tanto, estas macro-estructuras pueden tomarse como unidades propiamente dichas.

Ahora bien, ¿cómo se vinculan las posturas (1) y (2) con la discusión egoísmo-altruismo? Lo que aquí se sugiere es que la preferencia por cierta unidad de selección condiciona la aceptación y/o el rechazo de cierto tipo de conducta.

Pero antes de desarrollar esta idea, habría que definir primero el término *selección natural*. En *El Origen de las Especies* (1859), Darwin se refiere a ella del siguiente modo:

Téngase también presente cuán infinitamente complejas y rigurosamente adaptadas son las relaciones de todos los seres orgánicos entre sí y con sus condiciones físicas de vida, y, en consecuencia, qué infinitas diversidades (...) de estructura serían útiles a cada ser en las cambiantes condiciones de vida. ¿Puede, pues, parecer improbable, después de ver que indudablemente se han presentado variaciones útiles al hombre, que otras variaciones útiles (...) para cada ser (...) ocurran en el transcurso de muchas generaciones sucesivas? Si esto ocurre, ¿podemos llegar a dudar –

y recordemos que nacen muchos más individuos de los que es posible que sobrevivan- de que los individuos que tengan cualquier ventaja, por ligera que sea, sobre otros, tendrían más probabilidades de sobrevivir y de procrear su especie? Por el contrario, podemos estar seguros de que toda variación perjudicial, aún en el grado más ínfimo, sería rigurosamente destruida. A esta conservación de las variaciones y diferencias individualmente favorables y la destrucción de las que son perjudiciales, la he llamado *selección natural* o *supervivencia de los más aptos*.⁵

Ahora bien, ¿qué sucede si esta definición es interpretada por los defensores de la selección individual y qué sucede si es interpretada por los defensores de la selección de grupo? Para ilustrar lo que sucede en el primer caso, se toman las palabras de Richard Dawkins (2000) y Desmond Morris (1986), dos casos en los que la preferencia por la selección individual es funcional a la defensa del egoísmo.

Dawkins no piensa (como Lorenz, Andrey y Eibl-Eibesfeldt) que el bien de la especie o del grupo sea un factor importante en la evolución. La unidad fundamental de selección no sería siquiera el individuo. Es, según Dawkins, el *gen*. Sostiene que

(...) nosotros, al igual que todos los demás animales, somos máquinas creadas por nuestros genes. (...) [ellos] han sobrevivido, en algunos casos, durante millones de años, en un mundo altamente competitivo. Esto nos autoriza a suponer ciertas cualidades en nuestros genes. (...) una cualidad predominante que podemos esperar que se encuentre en un gen próspero será el egoísmo despiadado. Esta cualidad egoísta del gen dará, normalmente, origen al egoísmo en el comportamiento humano. (...) Por mucho que deseemos creer de otra manera, el amor universal y el bienestar de las especies consideradas en su conjunto son conceptos que, simplemente, carecen de sentido en cuanto a la evolución.⁶

Y más adelante dice:

(...) los seres humanos y los mandriles han evolucionado de acuerdo a una selección natural. Si se considera la forma en que esta opera, se puede

⁵ Darwin, Charles. (2010). *El Origen de las Especies*. (pp. 126) Buenos Aires: Aguilar.

[La cita continúa con la siguiente afirmación: “Las variaciones que no son útiles ni perjudiciales no serían afectadas por la selección natural y quedarían abandonadas ya sea a un elemento fluctuante (...), o bien llegándose a fijar, finalmente, a causa de la naturaleza del organismo y de la naturaleza de las condiciones del ambiente.”]

⁶ Dawkins Richard. (2000). *El gen egoísta. Las bases biológicas de nuestra conducta*. (pp. 3) Barcelona: Salvat.

deducir que cualquier ser que haya evolucionado por selección natural será egoísta.⁷

Por su parte, pero en completa consonancia con estas ideas, Morris afirma:

Cuando se piensa en el 'yo' en general, se piensa en el cuerpo viviente completo tal y como está en este momento. Pero biológicamente es más correcto considerar ese cuerpo como un albergue temporal para los genes que se reciben de los padres y pasan a los hijos, por lo que son, en cierto modo, inmortales. Son ellos las unidades básicas de la evolución, y nuestra misión sólo es transportarlos de generación en generación, procurando protegerlos de la posible destrucción lo mejor que podamos durante nuestra breve existencia. (...) De forma que, hablando genéticamente, nuestros hijos somos nosotros mismos; o mejor dicho, la mitad de nosotros mismos ya que nuestro cónyuge responde de la mitad de sus genes. Esto hace que nuestra devoción y sacrificio por ellos no sea más que atención propia: cuando arriesgamos la vida por salvar a una hija del fuego, estamos en realidad salvando a nuestros propios genes que figuran ahora bajo otro nombre, lo que convierte nuestra acción, oficialmente altruista, en una empresa altamente egoísta.⁸

⁷ Ídem; p. 5.

Más adelante continúa Dawkins: "Quizá una de las razones de la gran atracción que ejerce la teoría de la selección de grupo sea que está en completa armonía con los ideales morales y políticos que la mayoría de nosotros compartimos. Es posible que, con frecuencia, nos comportemos egoístamente como individuos, pero en nuestros momentos más idealistas, honramos y admiramos a aquellos que ponen en primer lugar el bienestar de los demás. Sin embargo, nos quedamos algo confusos cuando tratamos de establecer los límites de lo que entendemos por el término 'los demás'. A menudo el altruismo dentro de un grupo va acompañado de egoísmo entre los grupos. Esto es la base del sindicalismo. A otro nivel, la nación es el beneficiario principal de nuestro sacrificio altruista, y se espera que los jóvenes mueran como individuos por una mayor gloria del país considerado en su conjunto. Más aún, son estimulados a matar a otros individuos de los cuales nada se sabe, excepto que pertenecen a una nación distinta."

Ahora bien, no hay aquí un argumento que señale la validez o invalidez de la selección de grupo; simplemente se mencionan las consecuencias (en este caso, desagradables) que se siguen si se interpretan algunos fenómenos sociales tomando como criterio el bien de la especie. Seguro que es importante tener esto presente, sobretodo si las posturas que se adoptan a nivel biológico son funcionales a ideologías y políticas discriminatorias, racistas, antisemitas, etc. Sin embargo, mencionar las desagradables consecuencias de la selección de grupo en el terreno social no nos autoriza directamente a rechazar esa posición.

⁸ Morris, Desmond. (1986). *El hombre al desnudo*. (pp. 305) Barcelona: Orbis

El caso que cita Morris sólo tiene en cuenta la ayuda que se da entre congéneres. Sin embargo, hay que mencionar que, como dice Mayr: "En algunos grupos compuestos por miembros emparentados y no emparentados se han establecido ciertas formas de ayuda social que favorecen a todo el grupo. Un ejemplo típico es la existencia de individuos que sirven como 'perros guardianes' mientras el resto del grupo se alimenta. Un vigilante de este tipo, cuando da gritos de alarma para alertar a los otros miembros del grupo de la existencia de un predador, puede exponerse a sí mismo a un mayor peligro, pero su conducta altruista favorece la supervivencia del grupo en su conjunto." (Mayr, Ernst. (1992). *Una larga controversia. Darwin y el darwinismo*. (pp. 167-168) Barcelona: Crítica.

Como contraste de estos pensamientos, puede tomarse a K. F. Kessler (1880) y P. Kropotkin (1972), dos evolucionistas rusos que a finales del siglo XIX y principios del XX interpretaron la teoría de la selección natural de Darwin de un modo diferente al de la mayoría de los biólogos. Para uno y otro autor la lucha por la supervivencia no es el único aspecto que permite entender la evolución y conservación de las especies, sino que la cooperación y la ayuda mutua son leyes igualmente importantes de la naturaleza -en el sentido de que hacen al desarrollo general de caracteres y costumbres que posibilitan la conservación de las especies y, al mismo tiempo, proporcionan el bienestar de los individuos. En palabras de Kropotkin:

(...) sucedió con la teoría de Darwin lo que sucede con todas las teorías que tienen relación con la vida humana. Sus continuadores no sólo no la ampliaron, de acuerdo con sus indicaciones, sino que, por lo contrario, la restringieron aún más. Y mientras Spencer, trabajando independientemente pero en análogo sentido, trataba hasta cierto punto de ampliar las investigaciones acerca de la cuestión de quién es el más apto (especialmente en el apéndice de la tercera edición de *Data of Ethics*), numerosos continuadores de Darwin restringieron la concepción de la lucha por la existencia hasta los límites más estrechos. Empezaron a representar el mundo de los animales como un mundo de luchas ininterrumpidas entre seres eternamente hambrientos y ávidos de la sangre de sus hermanos. Llenaron la literatura moderna con el grito de ¡Ay de los vencidos! y presentaron este grito como la última palabra de la biología.

Elevaron la lucha `sin cuartel', en pos de ventajas individuales, a la altura de un principio, de una ley de toda la biología, a la cual el hombre debe subordinarse, o, de lo contrario, sucumbirá en este mundo que está basado en el exterminio mutuo.

(...)

Pero si recurrimos a la verificación indirecta y preguntamos a la naturaleza: `¿Quiénes son más aptos, aquellos que constantemente luchan entre sí o, por lo contrario, aquellos que se apoyan entre sí?', en seguida veremos que los animales que adquirieron las costumbres de ayuda mutua resultan, sin duda alguna, los más aptos. Tienen más posibilidades de sobrevivir como individuos y como especie, y alcanzan en sus correspondientes clases (insectos, aves, mamíferos) el más alto desarrollo mental y organización física. Si tomamos en consideración los innumerables hechos que hablan en apoyo de esta opinión, se puede decir con seguridad que la ayuda mutua constituye tanto una ley de la vida animal como la lucha mutua. Más aún, como factor de evolución, es decir, como condición de desarrollo en general, probablemente tiene importancia mucho mayor que la lucha mutua, porque facilita el desarrollo de las costumbres y caracteres que aseguran el sostenimiento y el desarrollo máximo de la especie junto con el máximo bienestar y goce de

la vida para cada individuo, y, al mismo tiempo, con el mínimo de desgaste inútil de energías y de fuerzas.⁹

Estos conceptos de ayuda y apoyo mutuo no son fáciles de incluir en contextos como los de Dawkins y Morris. Son más afines con la selección de grupo que defienden autores como Sober y Wilson. En su famoso texto *Unto Others: The Evolution and Psychology of Unselfish Behavior* remiten a un pasaje de *The Descent of Man, and Selection in Relation to Sex* (1871) en el que se apela a la selección de grupo para explicar la evolución de la moralidad humana:

No debe olvidarse que, aunque un alto nivel de moralidad de poca o de ninguna ventaja a cada individuo y sus hijos sobre otros hombres de la misma tribu, un incremento en el número de hombres bien dotados y avanzados en los estándares morales claramente dará una inmensa ventaja a una tribu sobre otra. No puede haber ninguna duda de que una tribu que incluya muchos miembros que, por poseer en alto grado espíritu de patriotismo, fidelidad, obediencia, coraje y simpatía, estén siempre listos a ayudarse unos a otros y a sacrificarse por el bien común, saldría victoriosa sobre la mayoría de las otras tribus; y esto sería selección natural. Históricamente a lo largo del mundo, una tribu ha suplantado a otras; y como la moralidad es un elemento importante en ese éxito, el nivel moral y el número de hombres bien formados tenderá a incrementarse en todos lados.¹⁰

Estas afirmaciones, que se basan en la idea de que la selección no sólo opera a nivel de individuos sino que también puede actuar a nivel de la especie, permiten reconsiderar la importancia de la ayuda mutua y de la cooperación social e incluir ambos comportamientos como factores relevantes para la evolución y supervivencia de la especie. En este contexto la tesis del altruismo es más fácil de sostener. Como sugiere Umberto Melotti:

Si la supervivencia de la especie, o mejor, de la población, es (...) el criterio último sobre la base del cual funciona la selección natural, la existencia de un comportamiento altruista en el hombre, así como en el resto de los animales, no puede considerarse (...) como un hecho anómalo y en cierto modo sorprendente. Por el contrario, desde el punto de vista biológico este comportamiento, que privilegia directamente la supervivencia de la población, resulta incluso mucho más comprensible que el comportamiento egoísta, que, al operar a través de la supervivencia del individuo, sólo indirectamente resulta útil para la de la población¹¹

⁹ Kropotkin, P. (1972). *Mutual Aid: A Factor of Evolution*. (1 ed). (pp. 9-10) New York: New York University Press. (Traducción propia).

¹⁰ Sober, Eliot y Wilson, David Sloan. (1999). *Unto Others: The Evolution and Psychology of Unselfish Behavior*. (pp. 4) Londres: Harvard University Press. (Traducción propia).

¹¹ Melotti, Umberto; *El hombre entre la naturaleza y la historia*. Península, Barcelona 1981, p. 409

Las ideas que Kessler y Kropotkin defendieron hace más de un siglo, de que tanto la lucha individual como el apoyo mutuo son leyes de suma importancia para la conservación de la especie, recobran fuerza en nuestros días debido, quizá, a que en los últimos años se ha incrementado el apoyo a la idea de la selección de grupo. Carter, Harris y Porges (2009) dicen al respecto:

Social behaviors are best understood in the context of evolution. Both mutual aid among members of a species and survival of the fittest arose as products of evolution. The genetically fittest or reproductively most successful individuals also may be those who engage in mutual aid or social support (Kropotkin, 1989). This position was taken by early Russian evolutionists, who proposed that greater emphasis should be placed on mutual aid or cooperation, rather than simply in individual survival (Todes, 1989; Harris, 2003).

During most of the twentieth century, there was resistance to considering social behavior and benefits to other, especially nonrelatives, as a major factor in evolution. However, recently there has been increasing support for the notion that selection could act at the level of the group as well as at the individual level (Wilson & Sober 1989; MacLean, 1990). Thus, social behavior and the benefits of sociality are now understood as central to evolution (Nowak, 2006; Harris, 2007). Species-typical patterns of sociality and their mechanisms are products of evolution.¹²

IV. Conclusión:

Hay ciertos debates, discusiones y teorías que, si bien parten de preocupaciones distintas e intentan responder a interrogantes de diversa naturaleza, pueden relacionarse y/o condicionarse unos a otros. Específicamente, preguntarse por cuáles son las unidades apropiadas sobre las que opera la selección natural parece no tener relación con la pregunta de cuáles son los motivos últimos de las acciones humanas. Sin embargo, las decisiones que se tomen al interior de la primera de estas discusiones y el modo en que se respondan ciertos interrogantes que surgen en este campo (en este caso, “¿qué debe tomarse como unidad de análisis adecuada?”) puede repercutir en la manera de abordar los problemas y responder las preguntas que se originan en la segunda de ellas (concretamente, “¿cuáles son los motivos últimos de las acciones humanas?”).

¹² Carter Sue C., Harris James, y Porges Stephen W.; *Neural and Evolutionary Perspectives on Empathy*, en Decety, J. y Ickes, W.; *The Social Neuroscience of Empathy*. MIT Press. Londres, 2009. Pág. 170.

Bibliografía

- Carter S. C., Harris J., y Porges S. W. (2009). *Neural and Evolutionary Perspectives on Empathy*. En Decety, J. y Ickes, W. (comps.) *The Social Neuroscience of Empath*. Londres: MIT Press.
- Dawkins, R. (2000). *El gen egoísta. Las bases biológicas de nuestra conducta*. Barcelona: Salvat.
- Decety, J., Jackson P. L. (2004). The Functional Architecture of Human Empath. *Behavioral and Cognitive Neuroscience Reviews*, 3, 2.
- Hatfield E., Cacioppo J., Rason R. L. (2009); *Emotional Contagion and Empathy*. En Decety, J. y Ickes, W. (comps.) *The Social Neuroscience of Empath*. Londres: MIT Press.
- Frans De Waal (2007). *Primates y Filósofos. La evolución de la moral del simio al hombre*. Barcelona: Paidós.
- Kropotkin, P. (1972). *Mutual Aid: A Factor of Evolution*. (1 ed). New York: New York University Press.
- Mayr, E. (1992). *Una larga controversia. Darwin y el darwinismo*. Barcelona: Crítica.
- Midgley, M. (1995). *El origen de la ética*. En Peter Singer (comp.), *Compendio de ética*. Madrid: Alianza Morris, Desmond. (1986). *El hombre al desnudo*. Barcelona: Orbis.
- Sober, E., Wilson, D. S. (2000). *El comportamiento altruista. Evolución y psicología*. Madrid: Siglo XXI.
- Sober, E., Wilson, D. S. (1999). *Unto Others: The Evolution and Psychology of Unselfish Behavior*. Londres: Harvard University Press.